

Epicteto

El arte de vivir (en tiempos difíciles)

Antología de textos

Traducción, introducción y notas
de Ignacio Pajón Leyra



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

© de la traducción, introducción y notas: Ignacio Pajón Leyra, 2023
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2023
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-097-0
Depósito legal: M. 26.308-2022
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial,
envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Introducción, de Ignacio Pajón Leyra
- El arte de vivir (en tiempos difíciles)
- 65 Manual
- 109 Antología de textos sobre filosofía y libertad
- 129 Glosario

Introducción

1. El filósofo esclavo

Muy poco es lo que se puede decir del filósofo Epicuro con total seguridad. A pesar de ser una de las mayores figuras del estoicismo y uno de los filósofos más reputados de época romana, apenas sabemos nada de su vida. Ni siquiera su verdadero nombre es seguro, pues el apelativo por el que nos es conocido, «Epicuro», significa simplemente «adquirido», indicando su condición de esclavo, y tanto podría ser su nombre real como un mero mote otorgado por sus dueños. Nació en la ciudad frigia de Hierápolis, la actual Pamukkale, hoy dentro de las fronteras de Turquía, hacia el año 55 de nuestra era, y murió probablemente en Nicópolis, cerca del año 135. Fue esclavo de Epafrodito, liberto adine-

rado y secretario del emperador romano Nerón. Escuchó las lecciones del filósofo estoico Musonio Rufo, de quien aprendió una forma de filosofía especialmente válida para el modo de vida que por su condición de esclavo estaba obligado a llevar. Obtuvo la libertad en algún momento posterior a la muerte de Nerón, y debido a la expulsión de los filósofos de la ciudad de Roma por parte de Domiciano, tuvo que marcharse de la capital del Imperio. En esta época convulsa la filosofía en general, y más concretamente las corrientes de pensamiento –como el estoicismo y el cinismo– que practicaban la libertad de palabra, no estaban bien vistas por parte de las estructuras de poder imperiales, lo que llevó a otros filósofos como Dion de Prusa o el mismo Musonio Rufo a tener que exiliarse, y a otros como Séneca, incluso, a la muerte.

Alejado de la capital, Epicteto acabó por establecerse en Nicópolis, en la región del Epiro, en el noroeste de Grecia, donde fundó su propia escuela. Allí, desarrollando su magisterio con numerosos alumnos que en su mayoría fueron patricios romanos, llegó a alcanzar una gran fama y a recibir el respeto y la admiración de sus contemporáneos. Entre sus alumnos se encontró Flavio Arriano, también conocido como Arriano de Nicomedia, historiador y filósofo, que recogió, redactó y difundió algunas de las lecciones de su maestro. Estas transcripciones son, de hecho, los textos por los que hoy es co-

nocido. Pero Epicteto mismo jamás escribió nada. Con toda probabilidad, su decisión de no escribir estuvo inspirada en la de Sócrates, uno de sus modelos de comportamiento y de sus grandes referentes intelectuales. Y tal y como la figura de Sócrates llegó a ser conocida a través de la escritura de su discípulo Platón, la de Epicteto lo fue a través de los apuntes recogidos por Arriano. Las palabras que contiene esta antología de textos son, pues, las que proceden de los escritos de Arriano, pero las ideas son las expuestas por Epicteto en sus clases. Y el texto de Arriano no pretende ser otra cosa que un medio de transmisión de la filosofía de su maestro (y no una expresión filosófica y literaria original como la de Platón), por lo que parece tener más sentido atribuirle a Epicteto la autoría y considerar a Arriano, más bien, como la fuente de nuestro conocimiento de la filosofía de aquel.

Sobre la vida de Epicteto poco más sabemos. Quedó lisiado en algún momento, quizá en su mismo nacimiento o quizá como resultado del castigo físico de alguno de sus amos anteriores. Nunca se casó, aunque convivió en la última etapa de su vida con una mujer. Crió, con ayuda de ella, un hijo adoptivo. Y murió en algún momento próximo al año 135 d. C. Sin embargo, a pesar de lo misterioso de su biografía, la figura de Epicteto de Hierápolis sobresale como una de las de mayor importancia en la filosofía de época romana y uno de los referentes

principales en el terreno de la ética que el estoicismo dio como resultado. Como filósofo práctico, Epicteto no cayó jamás en el frecuente defecto de perder de vista a aquellos a los que se dirige. Al contrario: su filosofía, directa y clara, aborda las cuestiones con sencillez. El lenguaje con el que Arriano nos la ha legado, probablemente muy próximo al del propio Epicteto, multiplica esa proximidad con el lector, empleando expresiones llanas incluso para las cuestiones más complejas, y ejemplos tomados de la vida cotidiana. Y además, la propia temática por la que se interesó el pensador de Hierápolis gira fundamentalmente alrededor de cuestiones prácticas, aplicadas, que tienen como espacio natural la vida y las inquietudes personales de cualquier ciudadano de a pie, sea de la Roma del siglo II o del globalizado mundo del siglo XXI.

2. Filosofía estoica para la actualidad

La filosofía en la que Epicteto se enmarca, el estoicismo, se encuentra además en estado de especial vigencia en nuestro tiempo. Por supuesto, se trata de un marco de pensamiento compuesto para su contexto histórico y social, y por ello conocer ese contexto es una herramienta de importancia para no malinterpretar su mensaje. Pero al tiempo se trata de una forma de pensar y de vivir que mantiene

inalterada su validez en nuestro presente, aportando respuestas lógicas, físicas y sobre todo éticas que nos aluden de forma tan directa como aludían al ciudadano grecorromano que las recibió por primera vez. En parte esta inusual vigencia se debe a que el contexto social, político y cultural para el que nace el estoicismo tiene paralelismos importantes con el momento que hoy vivimos.

Un periodo histórico es el relato de cómo las personas de una época –que en la mayoría de aspectos son como nosotros– lidiaron con los problemas que les salían al paso en su vida diaria, problemas que, también en su mayoría, son similares a los nuestros. Por eso, desde nuestra perspectiva de lectores contemporáneos, no podemos evitar pensar que cualquier periodo histórico del pasado puede entenderse como una imagen en el espejo de nuestro propio presente. Pero incluso desde este punto de vista, hemos de admitir que hay periodos que mantienen con otros una similitud en los aspectos cruciales mayor de lo habitual. No es necesario llegar a plantear la idea de que todo se repite para admitir que los ecos del pasado resuenan en el presente, y que hay épocas más marcadas por unos problemas que por otros, y preguntas que resultan más acuciantes en unos contextos que en otros.

La época actual, en concreto, es un momento histórico de especial complejidad. El número y la diversidad de los factores que intervienen en cómo vi-

vimos nuestro presente son muy amplios, y además la interacción entre esos factores varía a un ritmo tan alto que tenemos la sensación de estar sumidos en un cambio acelerado permanente. Un momento tan complejo como este, como es razonable, tiende a ser similar en algunos aspectos a muchos momentos distintos de la Historia. Pero en algunos de sus rasgos más destacados la actualidad puede compararse con la época de aparición del estoicismo: la época helenística.

En primer lugar, el propio habitante de cualquier ciudad griega de la época helenística también tenía esa sensación de cambio sobrevenido, de transformación repentina, que nos invade a nosotros. Después del paso por el mundo de Alejandro Magno la mayor parte del contexto civil previo se había transformado sin vuelta atrás. La antigua estructura del mundo helénico basada en la atomización en pequeñas ciudades-Estado independientes política, jurídica y militarmente se había transformado en un imperio, noción que en la época se consideraba más propia de Oriente (con el Imperio Persa como su ejemplo principal) que de Occidente. Pero además, si nos fijamos en el panorama social de la etapa histórica que se estaba abriendo, veremos rasgos muy definidos, claramente distintos de los que caracterizaban la vida social de la anterior etapa clásica: crecimiento demográfico, concentración de la población en las ciudades (que crecen hasta dimen-

siones inusitadas), sincretismo religioso y cierta decadencia de la religión tradicional, inestabilidad política, intenso contacto cultural a través de un mundo amplio y diverso, multiplicación de las guerras, que además adoptan formas nuevas antes desconocidas, crisis de las instituciones, individualismo... Casi parecería la descripción de nuestro presente.

En una situación como esta, el antiguo ciudadano de una *polis* griega que de pronto se veía transformado en súbdito de un imperio que llega hasta el Ganges, y casi al instante cambiaba de nuevo para verse integrado en un Reino Helenístico producto de fusiones culturales, sociales y militares que apenas podía entender, es comprensible que se sintiera profundamente desorientado. En el transcurso de una sola generación se produjo un cambio tan radical que llevó a la casi completa pérdida de los referentes sociales que permitían a la población saber quiénes eran y cómo se insertaban en su mundo. Y en una situación como esa la filosofía no podía ni debía permanecer impasible. Y de hecho, los pensadores de la época dieron un paso adelante para ofrecer alternativas prácticas que permitiesen regirse de algún modo en un mundo cambiante y confuso. Entre esas alternativas surgieron corrientes filosóficas de gran importancia, como el escepticismo, el epicureísmo o el eclecticismo, corrientes que se preocupaban por plantear modos de pensamiento capaces de asistir a la población en la búsqueda de

la verdad, la tranquilidad de espíritu y la felicidad. Pero puede que la que más influencia cultural e histórica haya tenido de entre todas ellas sea el estoicismo.

Cuenta la tradición que el estoicismo nace como una suerte de evolución desde el cinismo de Diógenes y Crates. Como el cinismo, el estoicismo tiene una fuerte vocación pública, transformadora y cosmopolita. Su fundador, Zenón de Citio, no era griego sino fenicio, y no pertenecía a los estratos favorecidos de la sociedad, como la mayoría de filósofos, sino que era un mercader caído en desgracia que había acabado sumido prácticamente en la mendicidad. Su filosofía, además de enfocarse en las cuestiones prácticas y vitales como la mayoría de las de su tiempo, será especialmente apta para convertirse en guía de vida para gentes de toda condición, desde los más favorecidos hasta los por completo desposeídos. Quizá por ello acabará extendiéndose, ya después del helenismo, en tiempos del Imperio Romano, por la totalidad de la estructura social, de tal manera que entre sus representantes principales encontraremos desde un emperador como Marco Aurelio hasta un esclavo como Epicteto.

Como forma de filosofía volcada en lo público, el estoicismo se desarrollará en espacios cotidianos, en la discusión viva de las calles, plazas y mercados de Atenas, Alejandría y Roma. Su propio nombre deriva de una plaza pública ateniense, la *Stoa Poikilè*,

el pórtico pintado en el que se cuenta que Zenón decidió impartir sus primeras lecciones. De esta forma, el estoicismo nace unido a la calle, el espacio público ciudadano, y admite a cualquiera como alumno con el mero hecho de que se pare a escuchar. Ese carácter cotidiano, abierto y diáfano le permitió tener una gran difusión ya en la propia Antigüedad. Pero fueron su modo profundo y claro de afrontar los problemas de la vida y el tipo de soluciones razonables, sobrias y en cierto sentido reconfortantes que ofrecen ante ellos los que le permitieron, además, obtener una intensa recepción por parte de los lectores medievales, modernos e incluso contemporáneos. Por ello, el influjo del estoicismo ha llegado con fuerza hasta nuestros días, momento en el que nos hemos dado cuenta de la fuerte validez y vigencia de su modo de pensar para nuestras inquietudes actuales.

El estoicismo está viviendo, de hecho, una suerte de resurgimiento. Entre sus virtudes como filosofía de vida se encuentra la capacidad para señalar diferencias (entre lo que es valioso y lo que no, entre lo que puede y lo que no puede cambiarse, entre lo preferible y lo rechazable) que no son válidas solo para el momento en el que fueron formuladas, sino que trascienden a toda época y nos resultan tan clarificadoras e iluminadoras a nosotros como les resultaban a los griegos o los romanos, y que tienen la capacidad de reubicar a quien reflexiona sobre ellas. Por eso el estoicismo continúa cumpliendo con el

cometido con el que nació: ofrecer a quien está perdido los medios para situarse y para encontrar un modo de vivir en el mundo cambiante, imprevisible y a veces incluso amenazador que nos rodea.

3. Filosofía y libertad antes de Epicteto

El núcleo de esta selección de textos de Epicteto es el tema de la libertad. La noción de libertad, su aplicación y sus consecuencias son uno de los temas más destacados de la filosofía de todos los tiempos. Y el estoicismo en concreto tendió a preocuparse mucho por esta cuestión.

No sería legítimo considerar que la libertad es el tema principal del estoicismo, pues hay otros a los que estos filósofos dedicaron más tiempo y que aparecen representados de manera más extensa en las obras estoicas que han llegado hasta nosotros. Pero sí puede considerarse que la problemática de la libertad es uno de los núcleos que vertebran toda la filosofía estoica. La existencia y naturaleza de la libertad es una de las preocupaciones principales de la ética de los estoicos, pero también es una de las cuestiones que surgen del desarrollo de su física (su visión de cómo está constituido el mundo y de qué manera se comporta) y de su teoría del conocimiento (su posición sobre qué somos capaces de conocer con certeza, y de qué modo). Por ello, en cierto sentido puede

considerarse al estoicismo una forma de *filosofía de la libertad*. Y entre los estoicos, quizá uno de los que nos ha dejado una reflexión más completa, interesante y sugerente sobre la libertad sea Epicteto.

Aunque muchas de las posiciones de Epicteto sobre este tema son profundamente originales, hay que tener en cuenta que cuando este pensador de Hierápolis comenzó a preguntarse por la libertad humana existía ya una larga y muy destacada tradición filosófica sobre en qué medida somos libres y qué supone que lo seamos. La filosofía de la libertad había aparecido en la historia del pensamiento mucho antes, vinculada a un giro en los intereses intelectuales que tuvo lugar alrededor del siglo V a. C. En efecto, en esa época se produjo un fuerte cambio de orientación general del pensamiento filosófico, de tener como objeto de estudio principal el mundo físico y su composición a centrarse en el mundo social y su particular dinámica. El ser humano y los elementos que conforman su ambiente social, ético, jurídico o político cobraron, entonces, una importancia destacada, lo que llevó a la aparición de preguntas filosóficas sobre el derecho, la naturaleza de la ley, el bien, la justicia o la voluntad. En esta época se instaura en Atenas la democracia, que puede concebirse de manera fundamental como un «gobierno de la palabra»¹. Cada una

1. Véase T. Calvo Martínez, *De los sofistas a Platón: política y pensamiento*, Madrid, Cincel, 1986, p. 41.

de las cuestiones políticas y jurídicas que debieran dirimirse en la ciudad pasaron a hacerlo en el seno de foros de deliberación y argumentación estructurados alrededor del uso de la palabra (la asamblea, los tribunales e incluso el ágora). Con ese nuevo protagonismo del diálogo y de la discusión aparecieron unos nuevos intervinientes en el espacio intelectual que fueron los sofistas, un grupo de maestros de la cultura griega dedicados a la enseñanza de la retórica y la argumentación.

El movimiento sofístico nace indudablemente unido a la democracia. Porque en el contexto democrático las cuestiones políticas se resuelven hablando, se hace necesaria la aparición de maestros de retórica capaces de perfeccionar las habilidades persuasivas de los agentes políticos democráticos. Es decir, la dinámica democrática genera la demanda a la que los sofistas responden. Y de igual modo, porque la democracia justifica la puesta en valor de esta clase de enseñanzas, porque genera un espacio en el que la sabiduría, la habilidad y los conocimientos argumentativos pasan a estar extraordinariamente valorados (y su enseñanza muy bien pagada), es por lo que los sofistas afluyen a Atenas, respondiendo a esa suerte de llamada. De este modo, sus enseñanzas versarán sobre asuntos plenamente humanos, a diferencia de las de los filósofos físicos del periodo anterior. Y entre esos asuntos humanos destacarán los vinculados con el